

# VÍCTIMAS DE UNA GUERRA SILENCIADA: LOS USOS DEL TERROR EN EL CONFLICTO CHIAPANECO

Aída Hernández Castillo\*

Las guerras ajenas, asumidas como propias por nuestros gobernantes, están ocupando la atención de los medios de comunicación y de la ciudadanía. Apenas si nos enteramos de que hubo elecciones en Chiapas: ya nadie recuerda que los Acuerdos de San Andrés no se han cumplido y que la Ley Indígena votada por el Congreso fue una burla al zapatismo y al movimiento indígena nacional. El miedo a un holocausto mundial, a una guerra bacteriológica o al "monstruo del terrorismo", nos ha hecho olvidar nuestras propias guerras: la guerra de baja intensidad que miles de campesinos indígenas y mestizos siguen viviendo en Chiapas, el lento etnocidio que las políticas económicas neoliberales están produciendo en distintas regiones del país.

A pesar de las promesas de campaña del presidente Vicente Fox, el conflicto chiapaneco no se resolvió en quince minutos y la presencia militar y paramilitar sigue trastocando la vida cotidiana de las comunidades indígenas. Aunque varios campamentos militares fueron desmantelados en marzo del 2001 en respuesta a las demandas zapatistas para reanudar el diálogo, el número de efectivos militares en el estado no ha disminuido. En algunos casos, los campamentos se levantaron pero las unidades del ejército se internaron más en la selva, como pasó con el campamento militar de La Garrucha, en el municipio de Ocosingo. Paralelamente nuevos retenes militares se establecieron en las regiones de la Costa y la Sierra. Los grupos paramilitares continúan armados y los pocos jefes de esas fuerzas que fueron detenidos después del establecimiento del nuevo gobierno, salieron libres a los pocos meses tras pagar una fianza mínima.

El balance de lo que la militarización y paramilitarización han implicado para la vida de las comunidades indígenas aún esta por hacerse. En este artículo me propongo analizar una de las múltiples experiencias de violencia paramilitar que han afectado a la población civil, para dar un ejemplo de los usos del terror en la que –en palabras de los organismos de derechos humanos– ha sido caracterizada como una guerra de baja intensidad.<sup>1</sup>

Profesora-Investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)

Para una caracterización de la guerra de baja intensidad en Chiapas ver Olivera, Mercedes. "Acteal: Los efectos de la guerra de baja intensidad" en *La Otra Palabra. Mujeres y Violencia en Chiapas, antes y después de Acteal*. R. Aída Hernández (Coord.) CIESAS/COLEM/CIAM, México D.F. 1998.

Las mujeres han sido probablemente las principales afectadas por la militarización de la sociedad y por las acciones paramilitares en contra de las regiones autónomas. La vida cotidiana se ha visto trastocada por el establecimiento de bases y retenes militares en tierras ejidales; y la prostitución, la venta de alcohol y de drogas, se han denunciado como corolarios de la presencia del ejército en las comunidades indígenas. En múltiples manifestaciones públicas las mujeres indígenas han denunciado: "Queremos que el ejército se vaya, nuestras casas son usadas como prostíbulos, los pocos salones de clase para nuestros niños están ocupados por los soldados, los campos de deporte son usados como estacionamiento de tanques de guerra y helicópteros y carros blindados del mal gobierno".<sup>2</sup>

Paralelamente, los grupos paramilitares se han valido de la violación sexual como un instrumento de represión e intimidación en contra de las comunidades que intentan establecer gobiernos autonómicos o de aquellas que se consideran cercanas al EZLN.<sup>3</sup> La violencia en contra de las mujeres organizadas, es a la vez un "castigo" por su participación política y un "mensaje" dirigido a los hombres de sus familias y organizaciones.

Un análisis de género en otras regiones militarizadas del mundo señala que en contextos de conflicto político militar la sexualidad femenina tiende a convertirse en un espacio simbólico de lucha política y la violación sexual se instrumentaliza como una forma de demostrar poder y dominación sobre el enemigo.<sup>4</sup> Chiapas no ha sido una excepción, la militarización y la paramilitarización han afectado de manera específica a las mujeres en esta guerra sucia no declarada. Desde una ideología patriarcal, que sigue considerando a las mujeres como objetos sexuales y como depositarias del honor familiar, la violación, la tortura sexual y las mutilaciones corporales son un ataque a todos los hombres del grupo enemigo. Al igual que los soldados serbios, los paramilitares de Chiapas "...se apropian de los cuerpos de las mujeres simultáneamente como objetos de violencia sexual y como símbolos en una lucha contra sus enemigos hombres, reproduciendo esquemas de los patriarcados tradicionales, en los que la ineficacia de los hombres para proteger a sus mujeres, controlar su sexualidad y sus capacidades reproductivas, era considerada como un símbolo de debilidad del enemigo".<sup>5</sup>

La masacre de Acteal, acaecida en diciembre de 1997, es sólo un ejemplo de los usos del terror que se utiliza con el fin de hacer efectiva la desmovilización política y de la manera específica en que los cuerpos de las mujeres se han convertido en un espacio privilegiado para las estrategias contra-insurgentes.

2 *La Jornada* 9 de abril de 1996.

3 Para un análisis del uso de la violencia sexual en la guerra de baja intensidad de Chiapas ver Hernández Castillo, R. Aída "¿Guerra fratricida o estrategia etnocida? Las Mujeres frente a violencia política en Chiapas" e Witold Jacorsinki (coordinador) *Teoría y Práctica de la Violencia* en prensa.

4 Un ejemplo de este tipo de análisis son los trabajos de Woor Davida, "Feminist Perspectives on Palestinian Political Culture and Occupation"; Ong, Aihwa. "Postcolonial Nationalism: Women and Retraditionalization in the Islamic Imaginary, Malaysia"; Dette, Denich. "Of Arms, Men and Ethnic War in (Former) Yugoslavia", los tres en *Feminism, Nationalism and Militarism* American Anthropological Association, Arlington VA, 1995; Parker, Andrew, Mary Russo, De Sommer and Patricia Yaeger. *Nationalisms and Sexualities*. Ed. Routledge, Nueva York, 1997.

5 Cf. Denich 1995: 16, traducción mía.

### **Acteal: Monumento a la Ignominia**

Regresé a la comunidad de Acteal, en el municipio de San Pedro Chenalhó, en octubre del 2001, a casi cuatro años de la masacre en que 32 mujeres y 13 hombres tzotziles fueron brutalmente asesinados por fuerzas paramilitares. En el camino a dicha comunidad pasamos por el municipio autónomo de San Pedro Pohló. Un arco con unas palabras de "bienvenida" marca la entrada a territorio zapatista. En la carretera que rodea el poblado se ha instalado una base militar. Es impresionante ver la manera en que el municipio autónomo se encuentra literalmente cercado por las instalaciones militares. La presencia internacionalista en la zona ha disminuido y la nueva guerra contra el "terrorismo" anuncia tiempos difíciles para la solidaridad internacional. Muchos de los desplazados en este municipio han decidido regresar a sus comunidades. Nos explican que no regresan porque ha terminado el conflicto, sino porque ya no pueden resistir más viviendo bajo la lluvia, bajo techos de hule y dependiendo de la solidaridad nacional e internacional.

A pesar de los anuncios de desmilitarización hechos por el presidente Vicente Fox, en Chenalhó existe ahora un soldado por cada diez habitantes. Las amenazas de muerte contra los miembros de la organización Las Abejas y contra todos aquellos que son considerados simpatizantes del movimiento zapatista, continúan. Las armas que asesinaron a los habitantes de Acteal, en diciembre de 1997, siguen en su mayoría en manos de los paramilitares. Hay miedo a lo que el retorno pueda implicar, el recuerdo de Acteal va a marcar por siempre la vida de los habitantes de esta región. Las historias se reconstruyen una y otra vez como si el recordarlas fuera un compromiso con los masacrados:

*Como a las once empezaron a escuchar la balacera, nadie se movió, no era la primera vez que echaban tiro. El catequista intentó calmarlos. Micaela trató de callar a sus hermanitos que empezaron a llorar. Hombres y mujeres estaban arrodillados, algunos se pararon y empezaron a correr, a otros los alcanzó la bala ahí mismo en la ermita. Los disparos venían de las partes altas. Alguien gritó que estaban rodeados. La madre de Micaela finalmente decidió cargar a los dos chiquitos, jalarla de la mano y correr. Ya los hombres estaban fuera de la ermita. Micaela alcanzó a ver tras el paliacate rojo a algunos hombres de Los Chorros. La única salida era la barranca del arroyo; por ahí corrieron y hasta el arroyo los siguieron. La bala le llegó a su mamá por la espalda: los encontraron por el llanto de los niños. Primero le dieron a su madre y luego a los dos chiquitos. Ella quedó bajo sus cuerpos, por eso se*

*salvó, no hizo ruido, sentía el peso del cuerpo caliente de su madre, no sabía si estaba muerta. Tenía miedo, mucho miedo.*

*Desde su lugar Micaela los vio, reconoció al Diego, al Antonio, al Pedro "...eran muchos, más de cincuenta, había de Los Chorros, Pequichiquil, de la Esperanza, también de Acteal había; venían vestidos de negro, con pasamontañas, son meros meros paramilitares; ...Los otros, más dirigentes, estaban vestidos como militares", diría después en su testimonio ante derechos humanos. Vio como mataban al catequista y por la espalda baleaban a mujeres y niños.*

*Cuando se fueron los hombres, Micaela se fue a esconder a la orilla del arroyo. Ahí vio como regresaron con machetes en la mano. Eran los mismos y también eran otros. Hacían bulla, se reían, hablaban entre ellos: "Hay que acabar con la semilla", decían. Desvistieron a las mujeres muertas y les cortaron los pechos, a una le metieron un palo entre las piernas y a las embarazadas les abrieron el vientre y sacaron a sus hijitos y jugaron con ellos, los aventaban de machete a machete. Después se fueron.<sup>6</sup>*

El pueblo entero de Acteal se ha convertido en un altar a los masacrados. Un obelisco hecho por un escultor internacionalista marca la entrada al poblado. La santa patrona de la comunidad es ahora "La Virgen de la Masacre", que vestida toda de negro protege a los habitantes desde el mismo templo en donde fueron atacados los integrantes de la organización Las Abejas.

Las paredes del santuario aún tienen los orificios hechos por las armas paramilitares. En la barranca donde se encontraron muchos de los cadáveres, hay ahora un pequeño museo en el que se han puesto las fotos de los asesinados. Se trata de un árbol genealógico elaborado por la comunidad que nos muestra los vínculos familiares que unían a hombres, mujeres y niños asesinados. El mural nos habla de familias enteras de siete y ocho miembros, de mujeres embarazadas, de niños lactantes unidos al pecho de sus madres. La comunidad se ha propuesto no olvidar. "Como si esto fuera posible", nos dice taciturno el promotor de educación que nos guía por el museo.

A pesar del miedo los desplazados de Acteal han decidido regresar. La decisión se ha tomado en forma colectiva, como se hace todo en estas tierras. Mientras que

6 Esta es parte de una crónica más amplia en la que se reconstruyen los recuerdos de los sobrevivientes de la masacre. Micaela es el pseudónimo que he utilizado para escribir la historia de una de las niñas sobrevivientes de Acteal. Su experiencia fue reconstruida con base en su testimonio presentado ante el Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas. Para una reconstrucción de la masacre y los antecedentes véase la misma ver Hernández Castillo Aida (coordinadora) *La Otra Palabra. Mujeres y Violencia en Chiapas. Antes y Después de Acteal* CIESAS-COLEM-CIAM, México, 1998.



la prensa intenta presentar estos retornos como un regreso a “la normalidad”, los desplazados siguen denunciando los hostigamientos perpetrados por grupos paramilitares. Aunque el expediente judicial de la masacre está oficialmente cerrado, los sobrevivientes siguen demandando justicia. Los altos funcionarios involucrados continúan libres, protegidos por el mismo aparato judicial. Tal es el caso del ex gobernador Julio César Ruiz Ferro, el ex secretario general de gobierno Homero Tovilla Cristiani y el ex subsecretario general de gobierno Uriel

Jarquín Gálvez, a quienes nunca se detuvo por “no encontrarse elementos que acrediten la responsabilidad penal”.

Por otra parte, 57 campesinos tzotziles fueron condenados por su responsabilidad material en la masacre. A todos se les han impuesto penas de hasta 35 años de prisión, pero se les ha absuelto de la reparación del daño. Lo anterior se basa en el criterio judicial de la inexistencia de comprobación de gastos erogados. Esta determinación implica el desconocimiento de la existencia de un daño ocurrido por el hecho mismo de haber provocado las muertes. Por otra parte implica no reconocer la condena a la reparación del daño como pena pública.

Otra de las insatisfacciones que han manifestado los organismos de derechos humanos frente a las sentencias es el hecho de que no se haya reconocido, desde el principio de los procesos, la existencia del delito de asociación delictuosa, lo cual hubiese aportado elementos muy significativos para acreditar la existencia de grupos paramilitares.<sup>7</sup>

Paralelamente, estos grupo paramilitares “inexistentes” siguen sembrando el terror entre los sobrevivientes de Acteal, cuya protección no ha sido asumida cabalmente por el estado. El Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas denunció que “las medidas necesarias para asegurar la vida e integridad física de las personas que se encuentran en situación de desplazamiento requieren de diversas acciones que el gobierno del estado ha soslayado”.<sup>8</sup>

Un análisis pormenorizado de los expedientes judiciales se puede encontrar en *Masacre de Acteal. Actualización de Información sobre Procesos Penales y Algo sobre San Pedro Chenalho*, Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas, San Cristóbal de las Casas, Agosto 2000.

CDHFC 2000, *op. cit.*



Foto: A Estrada

### Los Usos del Terror

Después de que los medios de comunicación dieron a conocer la saña con que se trató a las mujeres embarazadas durante la masacre de Acteal, empezó a correr el rumor de que el asunto era una exageración por parte de los organismos de derechos humanos y los medios. Empleados de la Cruz Roja local negaron ante algunos periodistas que los cuerpos hubieran sido mutilados (comunicación personal). Aun en los medios académicos se manejó el rumor de que se trataba de una exageración.

La revista *Proceso* retomó estos argumentos y negó la existencia de mutilaciones corporales. En contextos de guerra el rumor se convierte en una importante arma de desmovilización y desinformación; a pesar de que yo personalmente había leído los testimonios presentados por los sobrevivientes ante el Centro Fray Bartolomé y había escrito una versión más amplia para la prensa de la crónica que hoy presento, los rumores me hicieron dudar.

¿Y si el shock nervioso de los sobrevivientes les había hecho exagerar? ¿Y si los cuerpos no habían sido mutilados? Sin embargo, pude constatar en las autopsias lo descrito por los testimonios de los sobrevivientes. Estos son los documentos más contundentes que confrontan los rumores. La negación suele ser una respuesta ante aquellos hechos que nos sobrepasan y que nos hacen dudar de la condición humana, pero es a veces también una estrategia del poder para ocultar la enorme violencia que nos circunda.

Quienes han estudiado los efectos sociales de la violencia y el terror han apuntado hacia la dificultad que implica el analizarlos y tratar de “explicarlos” desde un discurso académico. El antropólogo australiano Michael Taussig, ha escrito sobre las estrategias coloniales de control, mediante lo que él llama la “cultura del terror”. Taussig describe la vida de los indios Putumayo en las plantaciones caucheras de Colombia a principios de este siglo. Ahí, a pesar de que la violencia no era redituable para los finqueros porque menguaba la fuerza de trabajo, la tortura, las mutilaciones corporales y los asesinatos masivos, eran parte de la vida cotidiana en la finca.

Frente a esta contradicción Taussig señala: “Ante las historias de violencia y terror me enfrentaba a un problema de interpretación, hasta que me di cuenta que este problema de interpretación es decisivo para la reproducción del terror; no sólo vuelve muy difícil el poder desarrollar un contradiscurso efectivo, sino que a la vez vuelve más efectivo lo terrorífico de los escuadrones de la muerte, las desapariciones y tortura, al desmovilizar y limitar la capacidad de resistencia de la gente. Al depender profundamente de la interpretación y el sentido, el terror se nutre a sí mismo destruyendo el sentido y la racionalidad”.<sup>9</sup> De igual manera la violencia desmedida con la que fueron tratadas las víctimas de Acteal, tiene el doble efecto de desmovilizar y despertar escepticismo, dificultando la elaboración de un contradiscurso.

¿Cómo explicar la saña y la violencia de Acteal? La Comisión Nacional de Derechos Humanos recurrió a especialistas de la Universidad Autónoma de Chiapas para tratar de “explicar las mutilaciones corporales en la masacre de Acteal” explorando las prácticas culturales de los tzotziles *pedranos*.<sup>10</sup> Ante la solicitud de la CNDH, los antropólogos de la Universidad respondieron con el rechazo y el silencio. Las posibilidades para desarrollar un contradiscurso se limitan en un contexto de guerra y frente a la efectividad del terror.

En el contexto actual se vuelve prioritario desarrollar un contradiscurso efectivo contra el rumor, y contra las prácticas y discursos de terror. La academia tiene mucho que aportar a la desmitificación de las “prácticas culturales” de la violencia de los pueblos indígenas. Graciela Freyermuth, quien en los últimos años ha venido analizando la muerte en Chenalhó, señala que antes de la aparición de los grupos paramilitares, la violencia no aparecía entre las principales causas de muerte entre los *pedranos*.<sup>11</sup> Entre 1988 y 1993 se registraron en ese municipio 16 muertes violentas, la mayoría de las cuales fue con uso de arma punzocortante (Base de Datos de Graciela Freyermuth, 1998). A partir de 1995 las muertes violentas se han

0 Taussig, Michael. *Shamanism, Colonialism and the Wild Man* University of Chicago Press, Chicago, 1987 p. 27 (traducción mía).

0 El término *pedranos* es el término de autoadscripción utilizado por los habitantes del municipio de San Pedro Chenalhó.

1 Los resultados de esta investigación se pueden encontrar en la tesis doctoral de Graciela Freyermuth intitulada “morir en Chenalhó. Género, etnia y generaciones. Factores constitutivos del riesgo durante la maternidad”. Tesis para obtener el grado de Doctora en Antropología Social. Facultad de Filosofía y Letras UNAM, México D.F. 2000.

incrementado considerablemente y se empiezan a utilizar armas de alto poder. El análisis de las actas de defunción señala que la violencia no es utilizada contra las mujeres mas que en casos de brujería y violencia doméstica. No existe ningún registro previo a Acteal de una agresión masiva contra mujeres. Las mutilaciones corporales a mujeres embarazadas no se habían registrado hasta ahora, ni siquiera en la historia colonial de los tzotziles de los Altos. No existe ninguna práctica cultural que permita vincular la masacre de Acteal con la cosmovisión indígena o con ritos de guerra. La misma investigadora señala que los asesinatos más violentos registrados en la región de los Altos se suscitan en contra de los akchamel (o brujos), cuando se prueba que han causado daño a alguien de la comunidad; y estos homicidios se han dado una vez que los akchamel reconocieron su culpa.

Lo que vemos en Acteal es una manifestación nueva de la violencia que poco tiene que ver con la manera tradicional de resolución de conflictos entre los tzotziles de los Altos. Sin embargo, los testimonios de los sobrevivientes son muy semejantes a los recopilados por el antropólogo Ricardo Falla, entre los indígenas guatemaltecos de la selva del Ixcán. En su libro *Masacres de la Selva*, Falla describe las mutilaciones corporales realizadas por los kaibiles o tropas de élite guatemaltecas, el abrir el vientre de las mujeres embarazadas y mutilar los cadáveres, destruir los fetos. Parecen ser "rituales" comunes entre quienes detentan esta "cultura del terror".<sup>12</sup>

El grito de "Hay que acabar con la semilla", enarbolado por los paramilitares en Acteal, expresa mucho de lo que son estas prácticas de guerra. La ideología compartida por un amplio sector de la población de que las mujeres somos por excelencia *fuentes de vida* nos convierte a la vez en un importante objetivo de guerra.

El uso de prácticas de guerra similares en distintas partes del mundo, en muchas de las cuales las mujeres se convierten en centro de la violencia, ha sido analizado por diversos estudiosos que se especializan en lo que ahora se conoce como antropología de la guerra. La antropóloga Carolyn Nordstrom, quien se ha especializado en el estudio de la violencia militar, ha encontrado en distintas regiones del mundo el impacto local de una industria global de guerra que va desde la venta de armas, hasta la capacitación para las guerras de baja intensidad. En su último libro sobre Mozambique la autora hace una reflexión que bien valdría la pena considerar en el análisis de la violencia paramilitar en Chiapas: "Después de conducir investigación de campo en los epicentros de guerra en tres continentes, durante más de quince años, he aprendido que el concepto mismo de guerras locales, ya sean centrales o periféricas, es una gran ficción. Industrias de guerra, inter-

12 Ver Falla, Ricardo. *Masacres de Selva. Ixcán Guatemala* (1975-1982) Editorial Universitaria. Guatemala, Centroamérica, 1982.



Foto: Pedro Valtierra, Cuartoscuro.

nacionales y masivamente interconectadas hacen posible la guerra en cualquier localidad del mundo. He visto a los mismos vendedores de armas, mercenarios, asesores militares, manuales de entrenamiento militar, darle la vuelta al mundo, yendo de una guerra a otra. A lo largo de este proceso se va desarrollando una poderosa serie de prácticas culturales acerca de la conceptualización y la conducta en la guerra. Es a la vez algo localizado e internacional: así como la gente y las mercancías se mueven de guerra a guerra, a través de industrias multinacionales... las culturas de la militarización, la violencia, la resistencia y la ayuda humanitaria se mueven fluidamente alrededor del mundo, llegando hasta las esquinas más remotas de la tierra. Los ejemplos para apoyar esta afirmación son muchos, pero para dar sólo uno, cuando una nueva técnica de tortura se introduce en un país, la misma técnica puede ser encontrada en todo el mundo en pocos días.

Obviamente junto con las técnicas para lesionar los cuerpos se transmite un complejo cultural que especifica quién puede y debe ser afectado por la tortura, por qué razones y con cuáles fines”.<sup>13</sup>

La antropología mexicana tiene poca experiencia en el análisis de la violencia de guerra, el camino recorrido en otros países puede servir para el desarrollo de investigaciones en el territorio mexicano. La relación entre lo local, lo nacional y lo global es una premisa metodológica básica para cualquier análisis que intente dar cuenta de las complejidades de la violencia en Chiapas. El funcionalismo antropológico que intentaba presentar a las comunidades indígenas como “comunidades corporadas cerradas”, ha sido cuestionado y puesto en evidencia por la antropología crítica mexicana. Es un buen momento para retomar los aportes que la historia y la antropología han hecho a la contextualización de las culturas indígenas en el marco de la política y la economía nacional y global. Sólo ubicando las pugnas “intrafamiliares” en un contexto más amplio podremos dar cuenta de las complejidades de la violencia en Chiapas y, quizá, contribuir desde nuestra práctica profesional a detener la estrategia etnocida que tanto dolor y muerte han traído a los pueblos indígenas de esa región.

<sup>13</sup> Ver Nordstrom, Carolyn. *A different kind of war story*. University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1997, P.5 (traducción mía).

